



DAG HAMMARSKJÖLD

Marcas en el camino

Introducción de Carlo Ossola, traducción de Pedro Lomba, Trotta, Madrid, 2009, 203 pp. ISBN 978-84-9879-039-9 (Vägmärken, Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, 1963)

Entre el 17 y el 18 de septiembre de 1961, un avión sueco atraviesa el cielo africano desde Ndijili a Ndola (entre Rhodesia del Norte y Katanga, en la actual República Democrática del Congo). En su interior viajan dieciséis personas: los tripulantes y una delegación de Naciones Unidas encabezadas por su Secretario General. Nunca aterrizó en Ndola. En mitad de la selva, Dag Hammarskjöld encontró la muerte, a la que tantas veces había presentado, abrazado por los amasijos del *Albertina*. En mitad de la selva, él, un hombre de las frías tierras de Suecia, de camino al cumplimiento de una misión tan antigua como el mundo y tan difícil como para no ser conseguida jamás, encontró el escenario real de uno de sus poemas más hermosos, escrito tan solo un par de meses antes:

Despierto de mi sopor;
libre de toda atadura,
limpio, dispuesto, engalanado,
llego al umbral.

Interrogado acerca de si tengo valor
para continuar mi camino hasta el final,
doy una respuesta
definitiva.

Deslumbrado, veo abrirse
la puerta que da a la arena

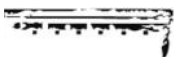
y salgo, desnudo,
al encuentro de la muerte (p. 192).

Dag Hammarskjöld (1905-1961) había nacido y crecido junto a las faldas del poder político en una Suecia alejada de los terribles sucesos que empañaron la vida europea de los primeros años del siglo XX. Tras sus estudios —que culminaron con su doctorado en economía política— se incorporó a la administración sueca, iniciando una meteórica carrera política, que le llevaría a ser nombrado segundo Secretario General de las Naciones Unidas en 1953. Visto así, todo parece fácil y sencillo. Sin embargo, la lectura de su diario espiritual, *Marcas en el camino*, escrito a retazos entre 1925 y el año de su muerte, muestra una conflictiva vivencia interior de este paseo triunfal por los honores del mundo. Preso de una fe vigorosa y lúcida, en sus versos y pequeñas anotaciones se adivina toda la fuerza, toda la inquietud y toda la esperanza de un cristiano que se sabe deudor de lo que ha recibido. Libre por su fe para despreciar como cenizas tantos triunfos, sus versos son piedras que sobresalen en el río, apoyos que ayudan a no caer en la corriente de la autocomplacencia y de la negación de la realidad que se oculta bajo la apariencia.

Desgraciadamente, su lectura no es fácil. La afluencia en las páginas de esta obra de palabras como silencio, pecado, gracia, condena, consagración, cruz... la hacen ininteligible en muchos rincones de nuestro presente —la incapacidad que nuestra sociedad muestra para con estos conceptos me parece peor obstáculo para la comprensión de este diario que intentar leerlo en el texto sueco original. Tampoco creo que la introducción que Carlo Ossola ofrece en esta edición de Trotta ayude mucho a entender qué quiso decir Hammarskjöld con sus palabras. La erudición de Ossola, fruto de su intensa dedicación a la historia de la mística, es de indudable ayuda para enmarcar, en un conjunto tan vasto y complejo como el de la expresión de lo inefable, la obra de Hammarskjöld. Además abre, ciertamente, camino a lecturas complementarias de este político sueco a quien presenta como un nuevo René d'Argenson, aquel intendente místico francés a quien Michel de Certeau dedicó un hermoso estudio. Pero en sus palabras faltan referencias que permitan hacernos la ilusión de comprender que lo que Hammarskjöld escribió en su diario tenía algo que ver con lo que iba viviendo. Esta correlación de la verdadera mística con la vida cotidiana es algo sobre lo que ya se pronunció Certeau y un somero repaso a las vidas de Juan de la Cruz o Teresa de Avila puede bastarle a cualquiera para compartir su conclusión. También Hammarskjöld la comparte y el editor lo destaca en la contraportada:

El camino hacia la santificación, en nuestros días, pasa necesariamente por la acción (p. 125).

La crisis del Congo, por ejemplo, desatada a raíz de la independencia conseguida por este nuevo país frente a Bélgica en 1960, supuso para Hammarskjöld un grave sufrimiento personal, pues no solo se sentía justamente llamado a desempeñar, en el más alto grado posible, la función que sustentaba su cargo, sino que se dieron una serie de circunstancias (acusaciones cruzadas de parcialidad tanto en los Estados Unidos como en Rusia, en unos momentos en los que la Guerra Fría estaba en su punto de ebullición; o la detención y posterior asesinato de Patrice Lumumba, líder revolucionario del Congo —¿harán referencia a él los enigmáticos versos de la p. 201, escritos el 6 de agosto de 1961, a los pocos meses de la muerte de Lumumba?—) que le hicieron pensar en la dimisión en caso de



LIBROS



DAG HAMMARSKJÖLD
Marcas en el camino

que el conflicto no pudiera ser encauzado hacia la paz. Sería un ejercicio de imprudencia leer las anotaciones de Hammarskjöld que corresponden a estos meses sin tener en cuenta, aun de la forma más sutil, los acontecimientos de su vida.

Afortunadamente, la lectura de *Marcas en el camino* no es fácil. Porque implica compartir tanto y tan importante con alguien que ha estado en un sitio tan ajeno a nuestras vidas cotidianas, sin dejar por ello de sentirse como uno de tantos, que la necesidad de la relectura parece una promesa de una amistad fecunda en el tiempo. Porque en el gran silencio en el que el autor ha entreverado algunas palabras espera la conciencia de una fraternidad que va más allá de todos los límites, pero que necesita un largo y doloroso proceso de maduración:

A través del silencio resuena siempre el timbre de la conversación de la que hemos huido, pero que no evitaremos.

En la calma, el recuerdo habla en voz baja, prometiendo la paz que nace cuando compartimos nuestras cargas.

No hay descanso que no sea el de todos, ni calma antes de que todo esté consumado (p. 59).

Juan Diego González Sanz